Un a#o de escuela en Trieste +1CPO.qxp:interior 20/7/10 13:06 P□gina 1

Un a#o de escuela en Trieste +1CPO.qxp:interior 20/7/10 13:06 P□gina 2

Un a#o de escuela en Trieste +1CPO.qxp:interior 20/7/10 13:06 P□gina 3

UN AÑO DE ESCUELA EN TRIESTE

Paisajes narrados, 43

Un a#o de escuela en Trieste +1CPO.qxp:interior 20/7/10 13:06 P□gina 4

Un a#o de escuela en Trieste +1CPO.qxp:interior 20/7/10 13:06 P□gina 5

Giani Stuparich

Un año de escuela en Trieste

Traducción de Francesc Miravitlles

editorial minúscula
BARCELONA

Un a#o de escuela en Trieste +1CPO.qxp:interior 20/7/10 13:06 P□gina 6

Título original: *Un anno di scuola*
© Giani Stuparich Estate
Obra publicada por primera vez en el volumen *Racconti* en 1929.

© de la traducción: 2010 Francesc Miravitlles
Revisión: Marta Hernández Pibernat

© 2010 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Portolà, 26 - 08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: septiembre de 2010

Diseño gráfico: Pepe Far
Fotografía de la cubierta: © Photovibes

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Winihard Gràfics S.L., Av. del Prat, 7, 08180 Moià

ISBN: 978-84-95587-69-5
Depósito legal: B-32.887-2010

Printed in Spain

Un a#o de escuela en Trieste +1CPO.qxp:interior 20/7/10 13:06 P□gina 7

En el vestíbulo desierto, a través de la vidriera del techo, penetraba la luz de una mañana cálida y ruidosa de septiembre. Afuera aún se oía el gorjeo festivo de los juegos y los baños de las vacaciones. De la galería superior llegaban de vez en cuando voces risueñas que, resonando entre las columnas, llenaban el vestíbulo de fragor.

Se había congregado allá arriba un pequeño grupo de estudiantes. Estos, chicos de otros tiempos, conocían desde hacía siete años aquel vestíbulo y se movían por él con mucha familiaridad; sin embargo su actitud no estaba exenta de un vago sentimiento de respeto y temor. Si alguno alzaba la voz excitado, los demás enseguida miraban a su alrededor desconcertados y él mismo parecía asustarse. A intervalos dirigían su atención a una puerta sobre la que una placa esmaltada indicaba con caracteres negros que aquella era el aula de octavo. Entrarían allí al cabo de pocos días y este pensamiento los turbaba y enorgullecía. Pero no era para ver la

puerta de su clase para lo que se habían dado cita allá arriba aquella mañana, todavía en plenas vacaciones, sacrificando un espléndido baño. Su curiosidad se había visto atraída por algo muy distinto. Al otro lado de aquella puerta Edda Marty luchaba con el tema de latín. Edda Marty era osada: era la primera mujer que intentaba hacerse con una plaza en aquel instituto masculino. Examinarse de ocho asignaturas, responder por cinco años de griego y siete de latín, no era ninguna broma.

¿Superaría las pruebas? ¿Sería compañera suya de clase? Aquellos chicos habían oído decir cosas admirables de su inteligencia; pero de ellos solo uno la conocía un poco mejor, los demás la habían visto por primera vez aquella mañana cuando iba por el pasillo acompañada de dos profesores y entraba en aquella aula. Ninguno sabía exactamente qué había visto: dos grandes ojos que reían y saludaban y que los habían exaltado un poco a todos.

Marzi, un larguirucho que pronunciaba las erres como si fueran eles, aquel que decía conocerla bien pero que no soltaba ni cómo ni dónde la había conocido, era objeto del acoso de todos. Unos querían saber cuántos años tenía, otros se informaban de qué familia procedía, a qué escuela había ido, con quién se había preparado; otros, más atrevidos, querían que se les hicie-

Un a#o de escuela en Trieste +1CPO.qxp:interior 20/7/10 13:06 P□gina 9

ra el retrato físico y moral, y Mitis, con ojos maliciosos, cara ceñuda y boca cínica, preguntaba si la conocía realmente *intus et in cute*.[1] A lo que Marzi se ruborizaba de rabia y enmudecía, y los demás se echaban a reír y sofocaban las risas, y las carcajadas reprimidas los hacían plegarse en dos.

Poco antes de mediodía Edda Marty salió del aula. Tenía la cara un poco congestionada y sujetaba en una mano el sombrero de paja con dos ramilletes de cerezas a los lados. Se vio rodeada. Marzi, cogido por sorpresa, trataba de abrirse paso para hacer las presentaciones de rigor, pero nadie le prestaba atención.

—¿Cómo ha ido?

—¿Era difícil?

—¿Qué era?

Y ella, volviendo los ojos a uno y a otro, respondía desenvuelta, acompañando con pequeños movimientos de cabeza las palabras que salían ligeras y algo silbantes de su boca. Al fin los dejó plantados a todos con un «Adiós, tengo que irme» y bajó corriendo las escaleras; y Marzi detrás, y los demás se miraron.

—Buena pieza —afirmó Neranz, poniéndose colorado.

1. «Interiormente y bajo la piel». Aulo Persio Flaco, *Sátiras*, III, 30.

—Ya nos tutea —observó no sin admiración Vitelli.

—Y qué quieres, que nos trate de vuecencia —replicó irónicamente Pasini.

—En fin —sentenció Mitis, que se había puesto serio y torcía aún más cínicamente la boca—, yo digo que si esa chiquilla viene a nuestra clase nos hunde a todos.

Al decir de Marty, todo le iba mal; quería abandonar tras cada examen. En cambio pasó las pruebas perfectamente. «Siempre augura un gran desastre —decía con malicia Mitis— para lograr finalmente un éxito clamoroso.»

En realidad Marty era pesimista, como todas las inteligencias temerarias. En la vida hacía lo mismo: afrontaba audazmente las dificultades, aunque nunca estaba segura de poder superarlas.

A los quince años se había escapado a Viena para ver a su hermana, que estudiaba en la universidad, mucho mayor y más afortunada que ella. ¿Por qué no había nacido, como Hedwig, ocho años antes? ¿Por qué no vivía también ella en una ciudad de veras como Viena, donde las mujeres pueden fumar, ir al café, recogerse tarde por la noche, tratar de igual a igual a los hombres y discutir con ellos? Recordaba siempre los primeros años pasados en Viena —¿cuántos tenía ella en-

tonces?, poco más de siete—, cuando desde la ventana de casa veía a Hedwig regresar de la escuela en compañía de estudiantes bulliciosos, y a veces, ante el portal, la veía pelearse con los chicos y arrebatarles las gorras; y cuando le arrebataban la suya, ¡qué guapa estaba entonces con el pelo corto alborotado y la cara sofocada por la lucha! Ella había esperado con impaciencia que pasaran los años para poder hacer lo mismo. Y en lugar de eso, su suerte se precipitó: sus padres decidieron tristemente llevarla consigo a Trieste. Gran puerto comercial, decían; en realidad, una pequeña ciudad de provincias. Y ahí la vida cambió de forma radical. Sus compañeras de primaria la miraban como a un bicho raro; eran tímidas, toda su audacia consistía en cuchichear entre ellas; se pegaban unas a otras en sus faldotas cuando ella proponía hacer alguna trastada a las maestras o una peligrosa y emocionante incursión en el ala masculina del mismo edificio. La lengua la aprendió pronto. Al cabo de dos años hablaba como una autóctona. Es más, le gustaba la lengua de los italianos, y en casa prefería hablar italiano hasta con su padre, que lo chapurreaba como podía. Pero le gustaba aún más el mar: paseos diarios por la orilla, excursiones en barca y baños, baños en todas las estaciones. Y también en los baños había experimentado todo el mezquino provincianismo de los ciudadanos. No, a los

hábitos caseros y burgueses de aquella gente no podría acostumbrarse nunca.

La metieron en un instituto femenino. No se veía allí dentro. Cuanto mayor era más sentía que no estaba hecha para aquella vida. Cuando veía a algún chico de su edad lo envidiaba, se sentía presa de un afán de ponerse también ella pantalones y cortarse el pelo. Al menos él podía vagar solo por las calles, ponerse a correr si le apetecía, subirse a los pilones de los muelles y en los baños hacer la gimnasia más loca y las zambullidas más ágiles y vigorosas que supiera. Y de esta falta de libertad, de esta asfixia de su talante natural se lamentaba llorosa y desesperada con su hermana, cuando esta iba durante las vacaciones a pasar una semana con la familia. Hedwig la acariciaba, Hedwig la dejaba desahogarse, la consolaba: «Cuando seas mayor serás dueña de ti», le decía, y le daba libros para leer, que devoraba por la noche. Sí, de no haber sido de vez en cuando por esta hermana...

Pero la hermana un año no fue y entonces Edda, que no podía más, se escapó un buen día a Viena. Encontró a Hedwig en su habitación dentro de una nube de humo, y con los pies entrelazados con los pies de un señor que, fumando como ella, estaba como ella hundido en el otro extremo del canapé; tenía el cráneo lustroso rapado y una cara aún más lus-

trosa, con dos ojos penetrantes tras un par de lentes redondas. Se quedó perpleja en la puerta y aquel hombre le fue enseguida muy antipático; le habría arrojado encima la pequeña maleta, si aquellos zapatos amarillos suyos, entrelazados con los zapatitos negros puntiagudos de Hedwig, no la hubiesen intimidado tanto. Hedwig, sin moverse, mostró su asombro, tuvo un amago de contrariedad en la mirada, pero fue un instante.

—Ven acá, mi pequeña —la llamó con su voz acariciadora y su bella sonrisa desenvuelta—. ¡Oh, qué sorpresa! ¿Cómo estás?

Y Edda, olvidándose de aquel intruso, se echó en brazos de su hermana, y lloró y rió y se desahogó.

—Te presento a mi amigo el doctor Wieselberg —fue la respuesta de Hedwig.

Pase el humo, pase el amigo doctor Wieselberg, pero aquellos cuatro zapatos cruzados no le agradaban a Edda, que de aquella visita a Viena obtuvo más desilusión que placer.

Con todo, su voluntad de liberarse del ambiente mezquino de las mujeres, como lo llamaba ella, seguía bien firme. Y antes que nada decidió prepararse en dos años para el examen de admisión al último curso de bachillerato en el instituto masculino, que le abría el camino de la universidad. La ley era reciente; to-

Un a#o de escuela en Trieste +1CPO.qxp:interior 20/7/10 13:06 P□gina 14

das sus otras compañeras dudaban; ella se examinaría.
Y su voluntad venció.